



Allende revisitado

**PERO DE ALLENDE, TAL
COMO LO ESTAMOS VIENDO
EN LAS PANTALLAS DE TV,
se irá imponiendo el gesto
supremo de quitarse la
vida por un ideal, por una
promesa constitucional
de no ser derrocado y por
evitar una masacre mayor.**

**Todas sus debilidades
como ser humano, sus
coqueteos y frivolidades,
sus grandes anécdotas y
sus pequeñas traiciones
no logran opacar la
imagen residual que se
va imponiendo y que nos
provee a los chilenos de
un nuevo mito colectivo,
el de un hombre que,
enfrentado a "un trance
histórico" como él mismo
lo dijo en su discurso de
despedida, entregó su vida
por sus principios. Hayan
sido también los nuestros
o no, a estas alturas da lo
mismo.**

*Y ahí veo al hombre, que se levanta, crece
y se agiganta.*

Angel Parra

Algo muy subterráneo está emergiendo en torno a la figura de Salvador Allende al cumplirse 30 años de su muerte. En un país en que casi no hay calles ni plazas ni estadios ni centros habitacionales que lleven el nombre de Allende, por estos días su figura vuelve a ser centro de especiales de la TV, portada de diarios y comidillo de las sobremesas.

En estos días de previsible catarsis mediática al cumplirse un aniversario redondo y suficientemente lejano del golpe militar la figuras de Allende y de Pinochet vuelven a encontrarse en las pantallas de la TV enfrentadas a un primer juicio de la historia.

Si la historia de los pueblos se afirma en grandes relatos morales, el de Allende disparándose una ráfaga de metralleta para purgar sus errores y evitar una masacre civil es uno de los más potentes de todo el siglo pasado.

En cambio, la de un Pinochet que se esconde en una locura simulada para eludir el juicio a sus horrores irá quedando como su contrapartida moral, el cara y sello de una época cuyas disputas pequeñas van quedando en la nebulosa.

La generación actual, con actitudes más pragmáticas ante la historia, comienza a reconocer la consecuencia de Allende como un valor a rescatar, en una época como la de hoy en que los líderes que fracasan se rinden, arrancan y vegetan en el olvido instantáneo, como le pasó por ejemplo al Presidente argentino Fernando de la Rúa.

Cualquiera sea el juicio que la historia tenga sobre la gestión de Allende, su figura hoy comienza a entrar en la conciencia colectiva del país como la de un político honesto, idealista, quizá hasta iluso, superado con creces por las energías sociales que contribuyó a despertar, mujeriego, simpático y odioso, pero sobre todo, la de un hombre que se jugó hasta el final por sus ideales, pagando con su vida el compromiso que juró al asumir la Presidencia.

En ese sentido, sólo puede equipararse en nuestra historia con el Presidente José Manuel Balmaceda, un hombre que también

quiso generar cambios quizá demasiado radicales que fueron violentamente resistidos por el poder de su época, cuya gestión generó incluso una guerra civil, y que renunció para evitar males mayores, suicidándose después en la embajada argentina donde se había refugiado.

De Balmaceda cualquier escolar recuerda su nombre, pero ¿quien puede mencionar los nombres de quienes lo derrocaron?

Ni los jóvenes ni los más viejos pueden ahora soñar en recuperar las ideas revolucionarias y socialistas de Allende, puesto que gran parte de éstas han sido arrimadas al baúl de los recuerdos de la historia y los denominados "socialismos reales", si es que alguna vez fueron socialismos, hoy ni siquiera son reales. Solo Cuba y Fidel quedan como vestigios vivientes de una época pretérita.

El mundo es otro y las ideas cambian a

una velocidad de vértigo. Pero los países necesitan recuperar las fábulas morales de su historia, las moralejas que les transmiten sus héroes o sus figuras relevantes.

De Stalin, por ejemplo, sólo queda su nombre asociado a las purgas y al terror político, pese a que también contribuyó decisivamente a derrotar a Hitler y a levantar un imperio arrasado.

De Pinochet, de quien sus partidarios creyeron que llenaría páginas y páginas de la historia, quedará el recuerdo de sus violaciones masivas de los derechos humanos, sus entierros clandestinos y desentierros más clandestinos aún, su búsqueda de impunidad a toda costa, mientras que sus esfuerzos por reconstruir el país y ordenar la economía sólo merecerán una nota al pie de página.

Pero de Allende, tal como lo estamos viendo en las pantallas de TV, se irá imponiendo el gesto supremo de quitarse la vida por un ideal, por una promesa constitucional de no ser derrocado y por evitar una masacre mayor. Todas sus debilidades como ser humano, sus coqueteos y frivolidades, sus grandes anécdotas y sus pequeñas traiciones no logran opacar la imagen residual que se va imponiendo y que nos provee a los chilenos de un nuevo mito colectivo, el de un hombre que, enfrentado a "un trance histórico" como él mismo lo dijo en su discurso de despedida, entregó su vida por sus principios. Hayan sido también los nuestros o no, a estas alturas da lo mismo.

Los extranjeros de cualquier color político, menos abrumados que nosotros por el peso de nuestra historia, lo saben desde hace mucho tiempo y todos los días turistas de diversas nacionalidades se sacan fotos frente al monumento a Allende, en la Plaza de la Constitución, ignorando olímpicamente las estatuas cercanas de Frei, Alessandri y Diego Portales.

Hace unos días, el general Alejandro Medina Lois, un hombre clave en el gobierno de Pinochet, reconocía públicamente la "consecuencia" que demostró Allende al salir muerto de La Moneda, como anunciara él mismo más de una vez. Ese reconocimiento de un general enemigo dice mucho de la forma en que Allende ha entrado en nuestra historia. Su figura, como dice la canción de Angel Parra, "crece y se agiganta".